

Dios está en lo ordinario

¡Hola!

Dios hace sagradas las cosas ordinarias. Agua. Pan. Vino. Aceite. Son cosas simples, pero Dios las transforma para proveer a las personas con el don de su misma vida divina. Esos dones alcanzan su propósito más alto por la acción transformadora de Dios.

Somos humanos, distintos a los ángeles; tenemos un cuerpo. Nuestra naturaleza material significa que necesitamos cosas que podamos tocar, gustar, oír, ver y oler. Por eso necesitamos los sacramentos, que son signos visibles de realidades invisibles.

Dios nos toca a través de lo material porque es el modo como podemos ser tocados. Dios viene a nosotros por lo ordinario y al hacerlo, lo ordinario se vuelve sagrado.

Para ayudar a los niños a comprender esto, los padres y abuelos deben antes reflexionar cómo descubren a Dios en su propia vida. Quizá usted ha sentido la presencia de Dios en la naturaleza o conversando con un amigo. Tal vez escuchó la voz de Dios de un modo inesperado, en una palabra de ánimo o de reto, cuando sufría o estaba agradecido. Dios nos habla de muchas maneras. Los sacramentos son momentos privilegiados de encuentro, tal como el papa Francisco nos dice que cada momento de nuestra vida es una oportunidad para crecer en santidad.



Platicar en familia sobre cómo Dios actúa en nuestra vida nos ayuda a descubrir a Dios en nuestra rutina diaria.

Dios está siempre invitándonos.

Los momentos cuando sentimos a Dios irrumpiendo en lo ordinario se harán más evidentes si nos damos tiempo para notarlos. Atrévase a escribir cada día una cosa por la que está agradecido. Dése unos cinco minutos para revisar los eventos del día y notar dónde la presencia de Dios fue más notoria. Al comer con sus seres queridos, ya un lugar de encuentro sacro, platique sobre cómo Dios está actuando en la vida de cada quien, en formas grandes y pequeñas. Si hace de esto un hábito en su familia, notará grandes resultados en términos de percibir la acción de Dios bullendo en lo cotidiano, porque, en gran medida, solo percibimos aquello que buscamos.

Deje el teléfono. Haga silencio por un buen rato. Haga una caminata. Mire a los ojos. Es mediante el mundo que Dios viene a nosotros. Es nuestra tarea observar allí a Dios y escuchar su voz. Dios está siempre invitándonos. Nos llama a su mesa, y a la nuestra, a las aguas bautismales y a llenar el vaso del que la necesita. Nos llama a reconocer que estamos siempre en su presencia amorosa.